

LA POESÍA DE JULIO ALFREDO EGEE A ESTUDIO

Antonio Chicharro

Escribo por necesidad, obligado por un tema por el que siento gozo o dolor. A lo largo de la vida he llegado a creer que, sobre todo, mi poesía es una traducción de los asombros, de mirar uno a sus alrededores, del asombro cotidiano de ir descubriendo los seres y las cosas.

JULIO ALFREDO EGEE

Hace unos años, en 2005, pude leer —fui miembro del tribunal que la juzgó— la tesis doctoral titulada *La obra poética de Julio Alfredo Egea* que, presentada por Francisco Jiménez Martínez bajo la dirección del profesor José R. Valles Calatrava, se defendió en la Universidad de Almería. La elaboración de un estudio monográfico de este tipo, de más de seiscientas páginas y muy rico no sólo en análisis e interpretación, sino también en informaciones empíricas y documentación sobre el poeta almeriense, vino a constituir una importante aportación al conocimiento y reconocimiento de la poesía de Julio Alfredo Egea, necesaria aportación hecha con tanto rigor universitario como afecto, lo que hizo que confluyeran el estudio fundado de un poeta y su obra con el tributo de homenaje que se le debía al cumplirse aquel 2005 cincuenta años desde que apareciera *Ancla enamorada* (1956), libro que el poeta nacido en Chirivel considera el primero representativo de su personal voz creadora, proponiendo ignorar por inmaduras poéticamente las tentativas anteriores de las que forma parte, por ejemplo, *Poesías: amorosas; Granada; estampas de la raza* (Granada, 1945).

Pues bien, aquel trabajo académico incluía una introducción —tanto a los presupuestos metodológicos del mismo como a la poesía de Julio Alfredo Egea—, un capítulo dedicado al estudio de la biografía y trayectoria literaria del escritor y otro más, el de mayor extensión, al análisis de la obra poética, obra en la que el estudioso establecía tres etapas: la primera, la del realismo social y humanizador, abarca el estudio de su obra publicada entre 1953 y 1965, dando entrada a títulos como *Ancla enamorada*, *La calle*, *Museo*, *Valle de todos* y *Piel de toro*; la segunda, la del realismo crítico y testimonial, se nutre de los libros poéticos aparecidos entre 1965 y 1974, tales como *Repítenos la aurora sin cansarte*, *Desventurada vida y muerte de María Sánchez*, *Cartas y noticias*, *Bloque quinto* y *Sala de espera*; y la tercera y última, hacia una poética del intimismo, es la que se centra en los que vieron la luz entre 1975 y 2003, esto es, en los libros titulados *Los regresos*, *Arqueología del trino*, *Los asombros*, *Desde Alborán navego*, *Fábulas de un tiempo nuevo* y *El vuelo y las estancias*. El estudio se completa con una rica bibliografía del poeta y sobre su obra y unos anexos en los que se recuperan poemas inéditos y documentos gráficos. Pero volviendo a la periodización interna de tan ancha obra, quiero dejar aquí lo que al respecto concluye Francisco Jiménez Martínez en el estudio previo con el que se abre el primer volumen de *Poesías completas* de Julio Alfredo Egea (Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2010):

El caso de Julio Alfredo Egea no es una excepción [a la evolución] y en ella pueden identificarse varios periodos o etapas, que en general van desde una relación más estrecha con la poesía de su tiempo, continuando por el trazado progresivo de un camino propio y personal, hasta llegar a la culminación de su etapa posiblemente más brillante, la de madurez, a la que pertenecen sus últimos poemarios. A pesar de que estas etapas pueden identificarse con cierta claridad debido a la presencia de paréntesis editoriales entre unas y otras, se aprecia también cierta alternancia en la escritura de libros más personales con otros de mayor interés por lo social y lo humano colectivo. Así, el autor ha reunido recientemente tres obras suyas, *La calle*, *María Sánchez*

y *Bloque quinto*, en una trilogía temática, con el título de *Tríptico del humano transitar*, tratando de reflejar en él esa preocupación del ser humano, contemplado en su cotidianidad, a su paso por las dificultades de este mundo. A este conjunto se le podía sumar perfectamente por su enfoque y su temática la nueva obra *Fábulas de un tiempo nuevo*, con lo cual nos encontramos con una poética de lo social como una constante en su obra, como una línea transversal más que como característica de una época determinada [...] A este conjunto se le podría agrupar en una posible *etapa realista* o *etapa testimonial* —o los dos calificativos a la vez—, con la precaución de matizar que no todo es realismo en sus primeros libros, ni con ellos se puede dar por clausurada la estética realista y social. Es cierto que en esta etapa la poesía se concibe como una crónica testimonial de seres y cosas verdaderos, pero esto es de alguna manera un rasgo dominante en su obra. Así, por ejemplo, en un libro inmediatamente posterior, *Cartas y noticias*, las referencias a la actualidad serán continuas. El siguiente libro aparecerá en 1971 y este paréntesis sirve para identificar ciertos cambios experimentados, que culminarán en los siguientes libros de esta década. Ellos formarían la poesía de una segunda etapa [...] Esta etapa se caracteriza por la renovación, teniendo en cuenta que la renovación y la experimentación son constantes en la obra del autor, que siempre trata de aportar matices nuevos en cada libro. Un rasgo más singular es, sin embargo, la forma concreta de realismo poético expresado, más crítico y personal, calificativos que nos servirán para denominar esta segunda etapa. El primer poemario escrito en la década de los ochenta, *Los regresos* (1985) es precisamente el más renovador y experimental de todos y con él se inaugura una tercera parte de la obra del autor, más personal e intimista, que bucea en el pasado, un pasado testigo de un proyecto literario y vital volcado en el exterior, y que ahora quiere reescribir desde su propia interioridad.

El estudio previo que acabo de nombrar y el libro *Introducción a la poesía de Julio Alfredo Egea (1976-2002)* (Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2006) han sido las consecuencias editoriales inmediatas y más extensas del estudio doctoral, además de haber servido el mismo, con toda probabilidad, de acicate a la preparación y publicación de las *Obras completas* del escritor almeriense, en edición llevada a cabo por el Instituto de Estudios Almerienses, en cuatro extensos volúmenes conforme al siguiente plan editorial: *Poesía completa*, volumen I (2010), incluye los libros de poesía entre 1956 y 1983; *Poesía completa*, volumen II (2010), reúne los publicados entre 1985 y 2003 más *Legados esenciales (Antología de herencias)* y *Largo es el tiempo. Poemas inéditos o publicados en antologías y revistas (1946-2008)*; *Prosa completa*, volumen III (2011), que incluye sus textos en prosa desde 1989 a 1996 más una serie de relatos de distintas fechas; y *Prosa completa*, volumen IV (2013), donde aloja *Mi tierra, mi gente*, de 1992, más dos secciones con artículos, colaboraciones varias, discursos, prólogos, pregones y conversaciones.

Estamos ante unos estudios y publicaciones necesarios sobre un poeta nuestro también necesario. La tesis doctoral de que hablo más las publicaciones que de la misma se han derivado vienen a servir, repito, tanto de reconocimiento del poeta Julio Alfredo Egea, a través de un conocimiento bien fundado de su obra poética, como de divulgación de su poesía entre un público de más amplia proyección que el académico y universitario. De ahí que su autor, Francisco Jiménez Martínez, y la Academia de Buenas Letras de Granada viéramos la posibilidad de que su libro, muy precisamente titulado *Introducción a la poesía de Julio Alfredo Egea (1976-2002)*, fuera presentado en Granada, dada además la muy estrecha vinculación de nuestro poeta con esta ciudad, su cultura y su gentes desde los comienzos mismos de la aventura de su vida literaria, vida que surge en un tiempo de silencio, tiempo que Rafael Guillén describe así en su discurso de ingreso leído ante la Academia de Buenas Letras de Granada:

En nuestra bella ciudad se produjo tras la tragedia ese denso silencio que sigue a una explosión, a un cataclismo. Un silencio siniestro cargado de temores, de sospechas, de miradas recelosas, de ventanas entornadas, de oscuridad y de abandono. Un silencio que duró casi veinte años, hasta que nosotros, los niños que sufrimos una guerra que no era la nuestra, los jóvenes que padecemos una represión y una posguerra que, por desgracia, sí fue la nuestra, tuvimos uso de razón poética y pudimos romperlo.

La vida literaria que surgió milagrosamente de aquellos años, con las armas de doble filo de sus antologías canónicas y no canónicas, con su sobrepolitización general y el medido reparto de las carencias generales,

condicionó como no podía ser de otro modo la poesía y vida de los jóvenes de entonces y, entre ellos, la poesía y la vida de Julio Alfredo Egea. Pero, y esto quiero que quede muy claro, sin aquellas jóvenes voces poéticas, hoy no seríamos los mismos en el ámbito de la creación poética. Que no vengan críticos e historiadores de la poesía a poner paréntesis donde nunca los hubo. Los alumnos de ahora deben conocer aquella página de nuestra historia literaria reciente.

Además, este primer estudio monográfico, que no ignora un importante número de reseñas y artículos que de modo parcial y específico abarcan el dominio de algunos libros y otros aspectos de la obra de nuestro escritor, posee la cualidad añadida de servir de punto de arranque, en tanto que primer acercamiento sistemático, a nuevos estudios que puedan realizarse sobre el ancho dominio de la obra de un poeta que, asombrado por la humana condición de sus semejantes y su vivir social y por una naturaleza en permanente renovación vivida en plenitud, ha dejado el rastro de unas palabras llenas de lirismo, emotividad, bondad, sorpresa y efusividad, palabras que necesitan de una lectura atenta. Las razones que pueden llevarnos al estudio de esta poesía las resume de alguna manera Rafael Guillén en sus siguientes palabras de 2009:

Son [sus libros] una suerte de autobiografía poética en la que no se reflejan fechas, datos, acontecimientos y anécdotas, sino sensaciones, vislumbres, intuiciones, paisajes interiores, “asombros” en suma” que han ido acompañándolo a través de los años en las distintas “edades del alma”. Julio Alfredo, al enfrentarse con su propio sentir, empieza a hablar, a recordar, a meditar y sus palabras van fluyendo de manera natural y espontánea y se van acendrando y su emoción y su pulso se van acelerando hasta que el propio impulso poético hace que las palabras pierdan contacto con la tierra, desplieguen las alas del verso y se eleven definitivamente.